

Raúl Silva Castro

Bartolomé Mitre en el periodismo chileno



MITRE en 1849 equivale a decir «Mitre en Chile». Don Bartolomé Mitre, en efecto, teniente coronel del ejército argentino, que venía huyendo de la tiranía de Rosas y que antes de llegar a Chile había estado transitoriamente en Bolivia y en el Perú, vivió en Valparaíso y Santiago durante todo el transcurso del año. Ejerció la profesión de periodista, a que por esos tiempos sintióse atraído eventualmente y como una manera de disparar contra el gobierno que oprimía a su patria. Volvería a ella en años siguientes, hasta dar vida a la más espléndida creación que le sobrevive: *La Nación* de Buenos Aires, junto a los volúmenes de glorificación de los próceres. Pero los libros pasan, son rehechos; nuevas investigaciones invalidan lo que antes pareció cierto o probable. El diario, en cambio, que se renueva día por día, añade inéditos prestigios y sirve de tribuna para que desde él haga oír cotidianamente su voz la inspiración patriótica. Mitre, que así lo previó, dijo que su diario iba a ser «una tribuna de doctrina».

El folleto que con el título *Mitre en 1849* acaba de publicar en Buenos Aires don Adolfo Mitre, subraya, pues, de modo preferente los motivos periodísticos que hubo de manejar el ilustre desterrado entre quienes fueron aquí sus amigos de ocasión. Forma parte, según señala el autor, de un libro acerca de la juventud de Bartolomé Mitre, que próximamente aparecerá, y no debe, por tanto, juzgársele sino supeditado al propósito de conjunto. Se nos ocurre que este propósito será arrojar luz sobre la carrera de Mitre en los años iniciales de la formación cívica, que son para él los más difíciles. No vivía en paz su patria en esos años, y el joven escritor y militar se vió obligado a huir de ella. Es posible que conociera dulzuras y placeres en otras partes: no cabe duda, empero, de que ellos fueron en Chile más morosos, ya que le retuvieron más tiempo. Mitre abandonó este país sólo cuando la lucha armada en su patria exigía la presencia de un oficial competente, que diera al desordenado empuje de las tropas una línea de marcha y una postura técnica acabadas.

Mitre fué entonces, es decir, en 1849, redactor de *El Comercio* de Valparaíso. Fundado en noviembre de 1847, con el ostensible propósito de poner en debate la influencia ya ganada por *El Mercurio* en veinte años de publicación, tuvo como redactor en sus primeros números a don Juan Nepomuceno Espejo, y más adelante pasó a redactarlo don Juan Bautista Alberdi. En seguida vino Mitre.

* * *

Don Adolfo Mitre en el folleto a que nos estamos refiriendo cuenta los principales episodios de la redacción de entonces, polémicas, discusiones; algunos

bastante comprometentes para el periodista argentino, ya que en Chile se había experimentado un vuelco político de grande alcance con la caída del antes omnipotente Ministro don Manuel Camilo Vial. No menor influjo han debido tener, a mi juicio, en la conducta circunspecta de Mitre como redactor de *El Comercio*, las graves contingencias en que se habían visto comprometidos algunos de sus compatriotas que asumieron responsabilidades semejantes.

Antes que Mitre, desde luego, había sido redactor en Chile don Vicente Fidel López, el cual, de vuelta a Montevideo, en 1846, publicó una serie de artículos que parecían sintetizar un viaje por las zahurdas de Plutón. Bajo el epígrafe de *Estado político e industrial de Chile*, López condenó con exageración cuanto había visto. Encontraba ridículas las ceremonias religiosas, por ejemplo, y creyó que ellas se ofrecían con mayor frecuencia en Chile que en otras partes... Supone que los llamados *rotos* son muy aficionados a las raterías, y cuenta que es generalmente víctima de éstas «el hombre de frac», la prenda de vestir que caracterizaba entonces a los individuos cultos y de clase adinerada. Dice haber visto grupos de esos *rotos* jugando interminablemente monedas de cobre «con una avidez característica de plebeyo chileno», en paseos públicos tan céntricos como la Plaza de Armas de Santiago. Pasando a otro orden de observaciones, registra la antipatía que los argentinos encontraban en ciertos grupos sociales, y le da una explicación a su amaño:

Cualquiera que recuerde la clase de juventud, llena de lucimiento y desenvoltura, que componía aquel célebre y glorioso ejército de los Andes que

reconquistó Chile... , podrá hacerse cargo de la impresión que este ejército dejó en la sociedad chilena sumida entonces en la lóbreguez completa de los hábitos y creencias coloniales.

Además de esto—añade, con escaso respeto a la historia—, el ejército de los Andes y sus jefes dominaron durante tres años en Chile haciendo sentir a todos los partidos su fuerza, sofocando la anarquía (?), extrayendo del país por contribuciones y por confiscaciones de los bienes de los realistas, los recursos necesarios para la expedición del Perú...

Estas enormidades dichas con aire serio, tal vez convencido, puede ser que sincero, sonaron como una triste inconsecuencia del escritor a quien se había celebrado y aplaudido en Chile, tanto más cuanto que se las arregló para verterlas no cuando estaba gozando de la hospitalidad chilena sino cuando la había dejado atrás.

¿Y qué decir de Sarmiento? López era cauto siquiera, y no había dado en la manía de insultar al ciudadano indefenso. Por su propensión un tanto magistral, era afecto a las fórmulas vagas y grandiosas, de modo que no pudo hacerse huesos viejos como periodista. Sarmiento, en cambio, no era nada encumbrado sino más bien dicharachero. Todos saben que pretendió excluir de la convivencia de Chile a don Andrés Bello, a quien acriminaba un saber que por parecerle excesivo debía ser también nocivo a la República... Lo que no todos recuerdan es cuánto disparate alevé hizo al país mismo, a sus hombres, a sus costumbres y usos, en los cuales—lo mismo que su amigo López—vió un monstruoso legado de las más retrógradas épocas. Rivadeneira, el editor de *El*

Mercurio, que había terminado por conocerlo, le escribió un día en carta confidencial:

«No se meta Ud. en polémicas de teatro, ni en otras; guarde una vida pasiva...»

Sarmiento ciertamente no le prestó atención. El estribillo de éste en sus desvaríos, escrito o no, era el de que los chilenos «no son tan democráticos como los vecinos»; y como no lo eran y él estaba aquí, era su deber asumir la férula para corregirlos. De la rabia que destilan sus artículos parece desprenderse siempre una misma sentencia: implantar la «democracia» en Chile aun cuando los chilenos la resistan.

Abreviemos. La atmósfera que hallaba en este país el emigrado Mitre no podía ser, como se ve, la mejor para iniciar una campaña periodística. Los choques de Tejedor (que no han podido entrar en la cuenta anterior porque son menores), la felonía de López, los fieros arrebatos de Sarmiento, no eran un buen precedente. ¿No pasaría con Mitre lo mismo que había ocurrido con otros? ¿Quién podía garantizarnos que no era ni pedante como López ni patanescos como el sanjuanino? Alberdi, que hace por cierto una notoria excepción en aquella orgía de dicterios, parece haber salido garante del comportamiento de su compatriota ante la empresa de *El Comercio*. El que no haya sucedido directamente al otro parece indicarlo así. La triste experiencia sufrida en años anteriores con los periodistas argentinos era sin duda suficiente. ¿Podría un empresario periodístico embarcarse de nuevo con una redacción argentina mediando el peligro de que ella condujera a la catástrofe?

Siendo Mitre redactor de *El Comercio* de Valparaíso, más de una vez hubo de polemizar con *El Mercurio*. Conviene retener que fué en ese tiempo redactor del

diario don Juan Carlos Gómez, según declaración firmada por éste que vió la luz en 31 de mayo de 1851. Tocó la suerte de que el uruguayo y el argentino estuvieran muchas veces en desacuerdo, sin perjuicio de lo cual se batieron siempre con armas limpias. Uno de los principales motivos de rozamiento fué el torrente migratorio que ocasionó en Chile el descubrimiento del oro en California. De tal manera se calentaron los cascos de la juventud chilena, que centenares y hasta miles de muchachos emprendieron viaje al Norte, sin saber de antemano qué buscaban, ya que no era posible que todos ellos encontraran la fortuna. Tanto creció aquella corriente, que no pocos chilenos creyeron sensato frenarla llamando a la razón y arguyendo que en California había más peligros que alicientes y menos oro que penalidades. Mitre contábase entre los escépticos, no porque no creyera en la riqueza californiana sino porque entendía que ella debía dejarse a las solas fuerzas de los Estados Unidos.

Don Roberto Hernández ha recogido las principales piezas de aquellas polémicas en torno a California, que comenzaron en 1848 y que, como dijimos, al año siguiente tuvieron de protagonistas a Gómez en *El Mercurio* y a Mitre en *El Comercio*. Su libro *Los chilenos en San Francisco de California* deja ver cuánto apasionó el tema a los contemporáneos de Sutter, cuán hondos fueron los desengaños y cuántos los desastres que en Chile produjo aquella fiebre de otro tan efímera como profunda.

* * *

El gran mérito de don Bartolomé Mitre en Chile estriba en que siendo redactor de un diario de oposición no embadurnó su pluma en la tinta corrosiva.

que entonces se empleaba, sino que se mantuvo dentro de la más exquisita compostura para tratar a los adversarios.

Su biógrafo de hoy recuerda que «había abogado por la abolición del mayorazgo, la supresión de los monopolios, la parcelación de los latifundios». Hay tal vez cierta exageración en los términos, por demasiado genéricos. ¿A qué monopolios podía referirse entonces un diario chileno si no existían industrias, si todo lo manufacturado que se consumía en el país procedía de la importación, y si, en fin, los productos agrícolas no estaban sujetos a monopolio alguno? El estado de la industria en los demás países hispano-americanos por esa misma época permite a cualquiera establecer qué pasaba en Chile. Cosa semejante cabe decir de los latifundios. ¿A un argentino podían chocarle las propiedades territoriales de Chile? Pues si alguno hubo, hay que reprocharle la extraña ceguera a que se refiere el Evangelio, la de la pajuela en el ojo ajeno. Toda la tierra del Nuevo Mundo está distribuída en esta forma, porque toda ella ha venido a ser el lote de pueblos de escasísima población con una civilización meramente litoral. Ni es el latifundio chileno tampoco el más notorio, porque el suelo de Chile, con sus innúmeras quebraduras, se habría resistido a dejarlo formarse. Las vastas llanuras del Canadá, de los Estados Unidos, de Australia, del Brasil, de México, se prestan a la formación de vastas haciendas. La tormentosa orografía de Chile parece, en cambio, resistirlas; por lo menos las dificulta.

Sea lo que fuere de estas materias desde el punto de vista de las doctrinas que con ellas se rozan, es el caso que Mitre no chocó, a su paso por este país, con los mismos obstáculos que encontraron algunos de sus

compatriotas. Su marcha más despejada es el mejor elogio que puede hacerse de su conducta.

¿Quién podía evitar que la risa le sacudiera de pies a cabeza, como saludable terremoto, al leer las disertaciones de Sarmiento sobre cultura? Cuando Sarmiento se irritaba era capaz de insultar a quien se le pusiera en el camino, y el haber llegado a la agresión física prueba de sobra que le abundaba el coraje hasta desbordarle... Algunos de los que le conocieron de muchacho en la polvorienta San Juan, recordaron que había nacido en el arrabal de San Pantaleón, y otros añadieron pormenores un tanto chuscos sobre las circunstancias en que de allí había salido. Damos el ejemplo sólo para que se vea cuán distinta fué la historia de don Bartolomé Mitre. Se le respetó en Chile, como en cualquier parte a que llegara, porque invitaba al respeto en virtud de la parsimonia de sus costumbres, la ponderación de su estilo y la ecuanimidad del trato, del porte, de la palabra, de todo en fin lo que hace en conjunto la fisonomía moral de un hombre. No se temía de él una puñalada por la espalda, ni siquiera una chocarrería, y se fiaba en su palabra de hidalgo. Años más tarde, cuando se le vió encumbrarse en su patria, los compañeros y amigos chilenos de 1849 recordaban con nostalgia cariñosa al periodista de aquellas horas. No estuvo en las filas del gobierno sino en las de la oposición, primeramente en *El Comercio*, y luego en *El Progreso*. Pero nadie embarazó su paso. El respeto por la libertad de la prensa existía entonces en un grado que hoy mismo nos asombra y maravilla. Nos hemos puesto algo intemperantes en el espíritu de nacionalidad. ¿Se toleraría hoy a un emigrado que nos dijera claridades en un periódico de oposición y de guerrilla po-

lítica? ¿No le recordaríamos alguna vez, siquiera fuese en tono discreto, que hay una ley de residencia, y que en el debate sobre los infinitos motivos de angustia nacional que nos plantea la vida cotidiana, queremos intervenir sólo los chilenos?

* * *

Al comenzar el año 1849 la redacción de *El Progreso* estaba en manos de don Juan Nepomuceno Espejo. Organo de la familia Vial, defendía el diario la línea política del gobierno de Bulnes, al cual creía emancipado de la influencia que sobre él ejerciera en el período inmediatamente anterior don Manuel Montt... El día 19 de abril apareció en *El Progreso* un editorial que no era anónimo. La rara excepción debíase a que con él el redactor se despedía de sus lectores.

Hemos creído de nuestro deber—se leía en *L^a política y los partidos*—trazar aunque ligerament^e estos renglones, expresando nuestro juicio sobre l^e política de Santiago y sus partidos, en el moment^a en que nos despedimos de la redacción de este dia^o rio.

Firmaban las iniciales J. N. E. La historia de Espejo como redactor del diario de los Vial fué hecha en brillante resumen por don Justo Arteaga Alemparte, y esta versión, que sepamos, no ha sido hasta hoy desmentida...

En marzo de 1847—se lee en *Los Constituyentes de 1870*—venía a redactar *El Progreso*, diario que sostenía la política de ese Ministro (don Manuel Camilo Vial). Cuando el señor Espejo llegó a *El*

Progreso, este diario se hallaba seriamente comprometido. Arrastraba una vida agonizante. El señor Espejo le devolvió la salud. Estaba a la moda, pues era el único diarista chileno que en aquel momento mantenía en la polémica cotidiana el honor de nuestra pluma. En aquel entonces se creía que sólo los emigrados argentinos tenían el secreto de la manera de arrojar cada día algunas páginas a la publicidad. El señor Espejo permaneció al frente de *El Progreso* hasta los primeros meses de 1849. Pero como el Ministro Vial no se atreviese a permitir, manteniéndose neutral en las elecciones de ese año, que el diarista fuese diputado, el diarista le volvió la espalda.

Si con atención se recorren las columnas del diario santiaguino, se verá más de una vez un elogio al redactor de *El Comercio* de Valparaíso, aunque sin designarlo con su nombre. Nosotros, que sabemos ya que el redactor era Mitre, apreciamos debidamente el valer de aquellos homenajes. Se reproducen algunos de sus comentarios, y en tal y cual campaña se adopta su punto de vista con preferencia a otros. Esta corte que se hacía a Mitre desde lejos, habría debido llevar a éste a reemplazar en el acto a Espejo en cuanto se anunció su partida para California; pero no fué así. Viene un período de interinato, en que los editoriales deben suponerse redactados por algunos de los muchos escritores que había en la familia Vial, desde el Ministro don Manuel Camilo hasta el entonces diputado don Rafael, que tornó a ser periodista muy avanzado ya el siglo. Mitre no sucede a Espejo sino desde el 15 de mayo, fecha en que «La nueva redacción» anunciaba el comienzo de sus tareas con un editorial

que a las claras revela la nacionalidad y el origen de su autor.

El Corsario, periódico de guerrilla, creía saber las dificultades que habían mediado para contratar a Mitre, y en su edición de 25 de abril, después de dar a *El Progreso* como un «pobre moribundo», escribía:

Probada la incapacidad de los facultativos que lo tomaron a su cargo después de la separación espontánea del señor Espejo, se ha tomado una providencia desesperada, nombrando un ministro plenipotenciario... cerca del señor Mitre, el único a quien se supone capaz de resucitarlo.

Y añadía:

¡A lo que obliga el egoísmo fatal de la existencia! No hay quien ignore que el Ministerio de septiembre (nombre que se dió entonces al de don Manuel Camilo Vial) aborrece de muerte a los argentinos, y principalmente a los argentinos unitarios; y, sin embargo, la esperanza de resucitar a su hijo predilecto lo pone en la necesidad de colocarlo en manos argentinas unitarias...

De todo lo cual resulta, en abono de Mitre, que fueron sus cualidades personales como periodista las que más pesaron en el ánimo de los editores de *El Progreso*, hasta vencer la prevención, justa o injusta, que éstos mantenían hacia los argentinos, tal vez por las ya recordadas experiencias anteriores sufridas con Sarmiento, López y Tejedor. Pero no entraba Mitre con la mejor suerte en su nuevo destino. Tras algunos días de arrebatados rumores, que tal

cual vez llegaron a la prensa, el omnipotente Ministro Vial descendía de su altísimo trono: así informaba el diario a sus lectores el 5 de junio. En el número siguiente se comentaba aquella trascendental renuncia bajo el título de *Crisis Ministerial*. Por esos mismos días comenzó Mitre la publicación de algunas de sus poesías, y el editorialista, en suma, no quedaba ya oculto bajo el anónimo editorial sino que, por lo contrario, se puso de relieve con los versos del poeta. La identidad de Mitre fué revelada, asimismo, en un *Desmentido a El Mercurio*, que se publicó el día 3 de julio. Tiene interés además el artículo para estudiar la redacción llevada en *El Comercio de Valparaíso*, porque el periodista se da allí como autor de una serie de piezas de polémica con aquel diario.

Cuando cayó el Ministerio Vial, y *El Progreso* en consecuencia pasó a la oposición, pudo temerse que la suscripción gubernativa le sería retirada. El rumor de los primeros días fué precisándose, y ya el 7 de julio el diario anunciaba oficialmente que estaba tomada la medida. La guerra entre la oposición y el Gobierno se enconaba por horas. Hemos mencionado más arriba *El Corsario*. Para hacerle frente, la oposición publicó *El Timón*, y el comentario ambiente atribuyó pronto la redacción de este periódico al propio Mitre, en vista de lo cual don Bartolomé hubo de negarla explícitamente. El diario, además, defendió en una serie de artículos (mes de agosto) la creación de un banco, que había sido propuesta al Gobierno por don Antonio Arcos en el período de Vial y que el Gobierno desestimó, por varias razones, cuando García Reyes llenó el Ministerio de Hacienda.

Intervino también *El Progreso* en la *Cuestión administrativo-legal* producida entre la Cámara de Dipu-

tados y la Municipalidad de Santiago. Reunidos en folleto, estos artículos llamaron la atención entonces como una demostración clara de los efectos que alcanzaría la mayoría opositora en la Cámara. Inmediatamente después la redacción se embarcaba en el ataque a la prórroga del privilegio para mantener una línea de vapores, que solicitaba Wheelwright (septiembre). Alberdi tuvo a su cargo la defensa de los intereses de éste, y con motivo de la discusión se hizo uso de argumentos sobre libertad de oportunidades para empresas chilenas, monopolio de la navegación, etc.

Adquirió Mitre por ese tiempo la costumbre de asistir a las sesiones parlamentarias, y el gran brillo que cobró el Congreso de 1849 justifica el interés de nuestro huésped. Allí se codeaban los presbíteros Eyzaguirre y Taforó con García Reyes y Lastarria. El periodismo estaba representado por don Ramón Rengifo y don José Joaquín Vallejo, *Jotabeche*. Dos hermanos de don Manuel Camilo Vial, don Ramón y don Rafael, y un hijo de Bello contribuían a dar color a la asamblea. Don Manuel Montt ocupaba, naturalmente, el centro como jefe de la política de esos años, y en torno a él giraban, ayudando o estorbando sus designios, don Salvador Sanfuentes, don Manuel Antonio Tocornal, don Francisco de Borja Solar, don Federico Errázuriz y tantos más que fatigaría recordar siquiera de paso. La mayoría de aquella Cámara de Diputados fué sabiamente elegida por el Ministro Vial para secundar las necesidades del Gobierno, y una vez producido el divorcio entre Vial y éste, quedaba entregada a sus propias fuerzas y acaso condenada a la disgregación que en definitiva la abatió. Como don Manuel Camilo no podía dirigirla des-

de que abandonó el poder, y con él toda influencia, ya que no era diputado sino senador, la dirección del grupo quedó en las manos de Lastarria, que entonces conoció las horas de mayor emoción de su larga vida.

Mitre ayudó a su amigo Lastarria desde las columnas de *El Progreso*, y merced a ello puede leerse allí más de un cruel comentario sobre la tentativa de Vallejo para privar de su asiento legislativo a don Juan Bello—alegando que era extranjero, redactado para reforzar los argumentos con que Lastarria hizo la defensa del hijo de don Andrés. La línea política de oposición fué acentuándose día por día. Las sesiones de la Cámara añadían fuego a la atmósfera. Más de una vez le habló de facultades eztraordinarias y de estado de sitio, que llegaron efectivamente, pero algo más tarde. La oposición, aguerrida y cohesionada en la lucha misma, lanzó por fin un manifiesto en el cual puntualizó con extrema claridad sus puntos de vista y sus ideales. *El Progreso*, atento a la oportunidad, los comentó en una serie de artículos, que es preciso atribuir a Mitre lo mismo que los otros a que nos hemos referido. Don Ramón Errázuriz manifestó su adhesión al programa opositor, y desde ese instante no cabía ya hacer misterio de una especie que ocupaba todos los labios: debía ser el candidato de la oposición a la Presidencia de la República, aun cuando fuese tal vez prematuro lanzar su nombre. El diario, en fin, apresuróse a poner un cartel permanente de propaganda a la candidatura de Errázuriz desde su edición del 31 de agosto.

* * *

Unas pocas pinceladas para terminar. ¿Cómo era Mitre en aquellos años? Don Diego Barros Arana, que

lo conoció entonces en Santiago y que llegó a concebir grande admiración por la obra del erudito y del historiador, pinta su retrato con las siguientes palabras:

El futuro historiador era en esa época un joven débil y enfermizo, que dejaba ver en su fisonomía simpática e inteligente las huellas que las fatigas de la emigración habían dejado en su salud. Necesitaba medicarse casi constantemente para sostener sus fuerzas físicas, pero conservaba toda su energía moral, y como era pobre y emigrado en un país extraño, se puso al trabajo con una entereza incontrastable.

¿Qué añadir a ellas? Nada. El gran escritor chileno vió allí, de una vez, por dentro y por fuera, y dijo con sencillez y ternura.